

El verdadero encanto del Generalife son sus jardines y sus aguas. Un canal, con cauce de mármol, arrastra sus ondas abundantes y rápidas bajo una bóveda de follaje, formada por tejos podados en extrañas formas. Naranjos y cipreses cubren las orillas, y al pie de uno de éstos (de enorme grueso, plantado por los moros) demostraba la favorita de Boabdil, según la leyenda, que ni cerrojos ni verjas pueden guardar la virtud de una sultana.

Termina la perspectiva una galería con surtidores y columnas como el patio de los Arrayanes de la Alhambra. Las aguas llegan á los jardines por una especie de pendiente rápida; la montaña chorrea agua por todas partes; á cada paso brota un manantial y nunca dejan de oirse fuentes y arroyos. Los árabes perfeccionaron en extremo el arte del riego; sus trabajos hidráulicos dan testimonio de una civilización muy adelantada, subsisten aún y á ellos debe Granada el ser paraíso de España y gozar de eterna primavera, á pesar de la temperatura africana. Un brazo del Darro ha sido separado del cauce más de dos leguas y llevado á la colina de la Alhambra.

Desde el mirador del Generalife se distingue muy bien la configuración de la Alhambra, con sus torres rojizas medio derruidas y sus lienzos de murallas que suben y bajan siguiendo las ondulaciones de la montaña. El palacio de Carlos V dibuja su mole recia y cuadrada, teñida con dorados reflejos por el sol. El campanario de Santa María perfila su contorno encima de las almenas moriscas. Algunos cipreses enseñan, entre las grietas de los muros, su negro follaje en medio de toda aquella claridad como un pensamiento triste en medio de la alegría de una fiesta. Es una de las vistas más hermosas que pueden imaginarse.

Al otro lado, para contrastar con tanta frescura, se eleva una montaña inculta y abrasada, que se llama la Silla del Moro, por los restos de algunas construcciones que hay en su cumbre.

Atraveseamos el barranco del Darro y visitemos á lo largo del camino que lleva al Sacro-Monte las guaridas de los gitanos, numerosísimos en Granada. Este camino, abierto en la ladera de la colina del Albaicín, está lleno de pitas y nogales, y bajo las raíces de estas plantas se abren en la peña viva las viviendas de los gitanos. La entrada de las cavernas está encalada, y un pedazo de estera vieja, que corre á lo largo de una cuerda, sirve de puerta; allí dentro se amontona y rebulle la familia; los chiquillos, de piel más oscura que el tabaco, andan en cueros delante del portal, sin distinción de sexos, y se revuelcan por el polvo dando gritos guturales. Los gitanos suelen ser herreros, esquiladores, veterinarios y sobre todo tratantes en cuatropneas. Poseen mil secretos para dar ardor y vigor á los animales más derrengados y asmáticos. Un gitano habría hecho galopar á Rocinante y caracolear al rucio. Pero su verdadero oficio es el de ladrones.

Las gitanas venden amuletos, dicen la buena-ventura y se dedican á otras industrias sospechosas; pocas he visto que fueran bonitas, aunque sus caras sean típicas y características. Su atezado cutis hace resaltar la limpidez de sus ojos orientales, cuyo ardor templado no sé qué tristeza misteriosa, como el recuerdo de una patria ausente y una grandeza perdida. Los labios, muy gruesos y colorados, recuerdan las bocas africanas; la pequeñez de la frente y la nariz acarnerada, demuestra su origen común con los *tziganos* de Valaquia y Bohemia. Casi todas tienen majestuoso porte natural, y

á pesar de los andrajos, la suciedad y la miseria, parecen tener la conciencia de la antigüedad y pureza de una raza antigua y pura de cruzamientos, porque los gitanos sólo se casan entre sí, y los hijos que pudieran provenir de otras uniones serían arrojados implacablemente de la tribu. Una pretensión de los gitanos es la de ser españoles y católicos, pero en su fuero interno se me figuran algo árabes y mahometanos.

El Sacro Monte, que encierra las grutas de los mártires milagrosamente hallados, nada curioso tiene. Es un convento con una iglesia vulgar, debajo de la cual están abiertas las criptas, que se componen de pasillos estrechos de seis á siete pies de alto y blanqueados.

La Cartuja, sin frailes hoy, como todos los conventos de España, es un admirable edificio. Se sube por doble escalinata al atrio de la iglesia, coronado con una estatua de San Bruno. Singular es el adorno de la iglesia, y consiste en arabescos de yeso de una variedad y fecundidad de motivos verdaderamente prodigiosas. El coro está revestido de pórfidos y mármoles preciosos. El cementerio hállase junto á la iglesia, y según costumbre de los cartujos, no hay lápidas ni cruces que indiquen el lugar en donde descansan los hermanos fallecidos. En un terreno con árboles, que debía de servir de paseo á los frailes, vi una especie de vivero con márgenes de piedra, por donde andaban algunas docenas de tortugas calentándose al sol. La regla de los cartujos les impide comer carne, y según los cronistas, la tortuga es pescado. Aquéllas estaban destinadas á ser comidas por los frailes, y la revolución las salvó.

Visitemos también el monasterio de San Juan de Dios: el claustro es de los más caprichosos y de

un mal gusto prodigioso; los muros, pintados al fresco, representan varias acciones grandes de la vida del santo, con orlas grotescas y ornamentación fantástica que supera á lo más extravagante y deforme de los monstruos chinos. Hay sirenas que tocan el violín, monas acicalándose, pescados quiméricos en olas imposibles, flores que parecen pájaros, pájaros semejantes á flores, todo ello en una maraña inextricable. La iglesia, afortunadamente de otra época, está dorada casi toda. El retablo, sostenido por columnas salomónicas, resulta rico y majestuoso. Vi en aquella iglesia un espectáculo que me llamó mucho la atención: una vieja se arrastraba de rodillas desde la puerta al altar: tenía los brazos en cruz, rígidos como estacas, la cabeza echada hacia atrás y los ojos en blanco. Aquello era el éxtasis llevado hasta la catalepsia. Nada más ascético ni de más febril ardor pintó Zurbarán. La vieja llevaba á cabo una penitencia que le había impuesto su confesor, y que le había de durar otros cuatro días.

Visité también el antiguo convento de Santo Domingo, cuya capilla está sobrecargada de adornos, con columnas, volutas, incrustaciones, mosaicos, cristales, espejos biselados, soles, cuanto puede inspirar el gusto del siglo XVIII y el horror á la línea recta. La biblioteca se compone exclusivamente de librotos encuadernados, con los títulos escritos á mano con tinta roja ó negra; casi todos son tratados de teología, disertaciones de casuistas y otras producciones escolásticas, poco interesantes para quien sólo tiene aficiones literarias. Los patios y claustros son admirablemente hermosos, y los adornan fuentes, naranjos y flores. Maravillosamente dispuesto está todo aquello para soñar, meditar y estudiar, y es lástima que los conventos

estuvieran llenos de frailes y no de poetas. Abandonados á sí mismos los jardines, han tomado aspecto agreste. Abundante vegetación invadió los caminos y la Naturaleza recobró sus derechos.

Muchas veces fuimos á Santo Domingo á sentarnos á la sombra de los árboles y á bañarnos en una piscina donde los frailes (si hemos de dar crédito á satíricas canciones) se refocilaban alegremente con muchachas á las cuales atraían ó robaban. Observemos que en los países más católicos es donde se trata con menos respeto á las cosas santas, á los curas y á los frailes: las coplas y los cuentos españoles referentes á gente de iglesia no tienen nada que envidiar, en punto á licencia, á los chascarrillos de Rabelais y de Beroalde de Verville.

El arte termal, tan perfeccionado por los árabes, ha perdido casi todo su antiguo esplendor en Granada. Nos llevó nuestro guía á una casa de baños muy bien arreglada, con cuartos dispuestos en torno de un patio emparrado, y ocupado en gran parte por un estanque de agua limpia. Creerá el lector que las pilas para los baños eran de cobre, de cinc, de piedra ó de madera, pero no hay tal cosa; y como no habría de adivinar la materia que las formaba, prefiero decirselo. Eran grandes tinajas de barro como las que se destinan á guardar aceite, enterradas hasta los dos tercios próximamente de su altura. En ellas nos metimos, sacando la cabeza fuera de los bordes, y presumo que nuestra facha sería bastante grotesca. Hasta entonces no pude comprender la historia de Ali Baba y los cuarenta ladrones, que me había parecido siempre increíble y me hacía dudar de la veracidad de *Las mil y una noches*.

Lo dicho es cuanto puede observarse en Grana-

da durante una residencia de varias semanas. Las distracciones escasean; el teatro se cierra durante el invierno; no hay casinos y sólo en el Liceo se encuentran periódicos extranjeros.

Todo el mundo se ocupa en no hacer nada: los amorios, los cigarrillos, la composición de versos, y sobre todo los naipes, bastan para hacer agradable la existencia. No hay allí esa imperiosa necesidad de acción y movimiento que atormenta á la gente del Norte. Los españoles son unos filósofos que casi no dan importancia á la vida material y les son indiferentes las comodidades. Las mil necesidades ficticias creadas por las civilizaciones septentrionales se les figuran refinamientos pueriles. Favorecidos por un cielo hermoso, han reducido la existencia á la expresión más sencilla, y semejante sobriedad y moderación en todas las cosas les dan una gran libertad, una independencia extremada. Por diez ó doce cuartos al día vive un andaluz espléndidamente, con un zoquete de pan blanco, una raja de sandía y una copita de aguardiente. El albergue no le cuesta más que el trabajo de tumbarse en el suelo, envuelto en la capa, debajo de algún pórtico ó del ojo de un puente. En general, al español el trabajo le parece cosa humillante é indigna de hombres libres, idea, en mi opinión, bastante razonable, puesto que Dios, cuando quiso castigar al hombre por su desobediencia, no encontró mayor suplicio que el de condenarle á ganar el sustento con el sudor de la frente. Para el que llegue de París ó de Londres, torbellinos de devoradora actividad, de existencias febriles y sobreexcitadas, es extraño espectáculo el de la vida en Granada. Llena de descanso, ocupada por la conversación, la siesta, el paseo, la música y el baile, sorprende ver la bienaventurada tranquili-

dad, la calmosa dignidad de aquellos semblantes. España es el verdadero país de la igualdad, si no en las palabras, en los hechos. Cualquiera pordiosero pide lumbre al gran señor, que se la da sin ninguna afectación de condescendencia; la marquesa pasa sonriendo por entre los andrajosos cuerpos de los granujas dormidos junto al portal de su casa, y al viajar no le importa beber en el mismo vaso que el mayoral, el zagal y el escopetero. Mucho trabajo les cuesta á los extranjeros acostumbrarse á tales familiaridades, especialmente á los ingleses, que se hacen entregar las cartas en bandeja y las cogen con pinzas. Cuentan que uno de estos insulares, que iba de Sevilla á Jerez, mandó al calesero á comer á la cocina. Este, que en su fuero interno creía honrar mucho á un hereje comiendo en la misma mesa que él, nada dijo, y disimuló el coraje con más cuidado que un traidor de melodrama, pero en mitad del camino, á tres ó cuatro leguas de Jerez, en un desierto espantoso, lleno de baches y matorrales, mi hombre echó al inglés del coche y exclamó, arreando al caballo:

—Milord, no me ha creído usted digno de sentarme en su mesa, y yo, José Balbino Bustamente y Orozco, no le creo á usted tampoco digno de sentarse conmigo en este calesín. ¡Buenas noches!

Estas observaciones, como todas las reglas, tienen numerosas excepciones. Hay muchos españoles activos, laboriosos, aficionados á todos los refinamientos de la vida, pero la expresada es la impresión general recibida por el viajero después de corta residencia.

A fuerza de ver siempre Sierra Nevada, decidimos conocerla más íntimamente y subir al pico de Mulahacen, el más elevado de la cordillera. Se nos quiso quitar de la cabeza el proyecto, por con-

siderarlo un tanto peligroso, pero cuando nos vieron resueltos nos indicaron á un cazador llamado Antonio Romero, que conocía perfectamente la montaña y podía servirnos de guía. Su fisonomía varonil y franca nos produjo favorable impresión. Llevaba un chaleco viejo de terciopelo, una faja colorada, polainas blancas y alpargatas de cáñamo. Se encargó de los preparativos de la expedición y prometió llevarnos á la mañana siguiente los cuatro caballos que necesitábamos: uno para mi compañero de viaje, otro para un joven alemán que se nos había agregado para la excursión, otro para mí y el último para un criado encargado de la parte culinaria. Romero iría á pie. Las provisiones consistían en jamón, pollos, chocolate, pan, limones, azúcar y una gran bota llena de excelente Valdepeñas.

A la hora prefijada estaban los caballos á la puerta, á la cual llamaba Romero con la culata de la carabina. Montamos medio dormidos, y nuestro guía echó á andar delante, enseñándonos el camino. Cuando salió el sol, todas las cimas tomaron un color sonrosado, como las jóvenes al ver á su amante, y parece que sentían púdica turbación al verse sorprendidas con su ligero vestido de mañana. Al llegar á la primera meseta, decidió el guía que las cabalgaduras descansaran y comieran y que almorzáramos nosotros. Al pie de un peñasco, junto á un manantial cuya agua diamantina brillaba entre hojas de esmeralda, Romero, hábil como un salvaje americano, improvisó el fuego con un puñado de leña seca, y el criado nos hizo chocolate, que, ayudado con un pedazo de jamón y un trago de vino, compuso nuestra primera comida en la montaña.

Volvíamos á emprender la marcha. De cuando

en cuando encontrábamos filas de borriquillos que bajaban cargados de nieve que llevaban á Granada para el consumo del día. Romero iba siempre delante, saltando de piedra en piedra como una gamuza y diciendo: «¡Buen camino!» Quisiera yo saber lo que el hombre entendía por mal camino, porque allí no había ni trazas de sendero. Abriáanse á derecha é izquierda precipicios azules y vaporosos, cuya profundidad variaría entre mil quinientos ó dos mil pies, diferencia que nos importaba muy poco, porque unas docenas de varas más ó menos daban lo mismo. Me estremezco al acordarme de cierto paso de dos pies de ancho y bastante largo, puente natural entre dos abismos. En ciertos sitios se estrechaban tanto, que el caballo no tenía más espacio que el necesario para sentar el casco, y cada pierna mía colgaba encima de un abismo distinto. Pasamos por caminos que habrían asustado á las cabras; subimos cuestas tan pendientes, que las orejas de las bestias nos daban en la barba.

Adelantábamos poco, pero sin parar, siempre hacia la cumbre objeto de nuestra ambición, perdida de vista ya, porque cada meseta oculta á la superior.

Llegamos á la región de las águilas. De trecho en trecho veíamos alguna de estas aves descansando en una roca solitaria, fija la mirada en el sol, en el estado de éxtasis contemplativo que sustituye el pensamiento en los animales. Una de ellas se cernía á gran altura y parecía inmóvil en medio de un océano de luz. No pudo resistir Romero al deseo de enviarle una bala á manera de tarjeta de visita. El proyectil se llevó una pluma del ala, y el águila, con indecible majestad, continuó cerniéndose, como si nada hubiera ocurrido.

Empezábamos á ver de cerca la nieve. Se enraecia el aire, y las fragosidades eran cada vez más abruptas. Pronto se nos presentó la nieve en enormes masas, que no podían derretir los rayos del sol. La meseta donde nos encontrábamos está á nueve mil pies sobre el nivel del mar, y la dominan el pico de la Veleta y el de Mulahacen.

Allí decidió Romero que pasáramos la noche; se desensillaron los caballos, que estaban cansadísimos; el criado y el guía prepararon ramas y hierbas secas para conservar el fuego, porque aunque el calor era en la llanura de 35°, hacía en aquellas alturas bastante fresco. Serían las cinco de la tarde; mi compañero y el alemán quisieron aprovechar el resto del día para subir á pie más arriba. Yo preferí quedarme, y conmovido el espíritu por aquel espectáculo sublime, garrapateé algunos versos que, si no eran buenos, tenían á lo menos el mérito de ser los únicos compuestos á semejante elevación. Después preparé, para nuestro postre, excelentes sorbetes, con nieve, azúcar, limón y aguardiente.

Veniase encima la noche rápidamente. Habían entrado en la sombra sucesivamente las montañas ménos elevadas, y como un pescador que huye ante la marea, saltaba la luz de cumbre en cumbre, retrocediendo hacia las más altas para huir de las sombras que subían del fondo de los valles, anegándolo todo en sus olas azuladas. El último rayo que se detuvo en el pico de Mulahacen vaciló un momento, y abriendo después sus alas de oro, se lanzó como ave flamígera en las profundidades del cielo y desapareció. La obscuridad era completa; mi compañero y el alemán no volvían, y ya empezaba yo á estar con cuidado, temiendo que se hubieran caído á un precipicio. Romero y el criado

me pedían que les firmase una certificación afirmando que ellos no habían robado ni asesinado á aquellos señores.

Empezamos á lanzar agudísimos gritos, para indicar á los desaparecidos el lugar donde estábamos, hasta que un tiro, repetido por todos los ecos de la montaña, nos dió á conocer que nos habían oído nuestros compañeros, que volvieron pronto rendidos de cansancio. Cenamos alegremente y se acordó que por turno cuidara cada uno del fuego, lo cual se verificó puntualmente. Cada vez era más intenso el frío, y acabamos por meternos materialmente en la lumbre, hasta el punto de quemarnos los zapatos y los pantalones.

Al fin amaneció; una nube nos envolvía y Romero nos aconsejó que emprendiéramos en seguida la vuelta si queríamos llegar de día á Granada. Subir era una cosa, mirando hacia arriba, pero bajar era otra muy diferente, porque se ven los abismos en perspectivas. Parecíamos al principio impracticable, y nuestro criado ponía el grito en el cielo, pero no podíamos pasarnos la vida en el pico de Mulahacen, lugar inhabitable si los hay, y empezamos el descenso. Describir los caminos, ó más bien la falta absoluta de caminos por donde aquel demonio de guía nos metía, es empresa imposible. Casi siempre íbamos de pie en los estribos y con el cuerpo echado hacia atrás para no describir una parábola por encima de las orejas de los caballos. Trastornadas las leyes de la perspectiva, nos parecía que los arroyos subían hacia el manantial, que las rocas se tambaleaban, que los objetos más lejanos se nos veían encima, porque en las montañas lo enorme de las masas y la verticalidad de los planos no dejan apreciar las distancias por los medios ordinarios.

A pesar de tanto obstáculo, llegamos á Granada sin que las caballerías dieran un mal paso, pero entre todas conservaban una herradura. Los caballos andaluces (y eso que los nuestros eran solemnes jamelgos) no tienen precio para subir y bajar montañas. Tan dóciles é inteligentes son, que el mejor partido es soltarles la rienda.

Tan cansado estaba yo al llegar á casa, que me dormí en una silla, con un calcetín en la mano, y en la misma postura desperté el día siguiente á las diez. Pocos días después salimos de Granada exhalando suspiros tan profundos como el de Boabdil.